



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO)



—No descanso un solo día recorriendo, en compañía de *El dúo* y del *Sacristán*, toda España... ¡y todavía dicen que soy holgazán!

SUMARIO

TEXTOS: Advertencia.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Hojas de un álbum, por Eduardo de Palacio.—El Santiago de Villachapada, por Juan Pérez Zúñiga.—La siesta, por F. Serrano de la Pedrosa.—El circo y el teatro, por Eduardo Bastillo.—Saludo, por José Jackson Veyán.—Anomalías, por José Estremera.—Daños y perjuicios, por Sinesio Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Mannel F. Caballero).—Plutarquillo.—Hojas de un álbum (cinco viñetas).—El Santiago de Villachapada (tres viñetas).—Choque de razas (nueve viñetas).—Las cartas de Pepa (cuatro viñetas), por Cilla.



ADVERTENCIA

Bueno será encabezar el número presente con una noticia agradable.

Y como los preámbulos en casos semejantes se hacen pesados, por cortos que sean, voy á dársela á ustedes en seguida.

Eilo es que desde el número próximo, Dios mediante, empezaremos á publicar una serie de artículos que indudablemente llamarán la atención de nuestros amabilísimos lectores.

Esta serie de artículos se titula

PLUTARQUILLO

BIOGRAFÍAS LINGÜÍSTICAS DE PERSONAJES CÉLEBRES

que llevarán al pie la firma de nuestro queridísimo amigo y compañero VITAL AZA, que con tan fausto motivo nos honrará con su colaboración asidua.

La primera biografía será la de *Demóstenes*, y se publicará ilustrada profusamente por Cilla.

Ahora... que Dios nos ayude á todos en nuestro nuevo empeño.

DE TODO UN POCO.

Los periódicos grandes publican casi todas las semanas casos estupendos y que demuestran lo mucho que se equivoca la policía.

Es muy frecuente ver á un ciudadano pacífico en las garras de un polizonte que le zarandea y le humilla, confundiénolo con un criminal empedernido.

Ahora el hecho acaba de ocurrir en la Coruña, donde un infeliz sujeto procedente de la Habana no hizo más que desembarcar y se vió detenido por un agente celoso, que le dijo de buenas á primeras:

—¡Ah, tunante! ¿Conque eres tú? Ahora verás lo que es canela.

El infeliz abrió los ojos con espanto, dejó caer la maleta, sudó tinta y preguntó al polizonte:

—¿Qué pretende usted de mí?

—¿Cómo te llamas?

—Gómez.

—¿De dónde vienes?

—De la Habana.

—No digas más.

Y apoderándose del baúl del viajero, condujo á ambos al gobierno civil, y desde el gobierno á la cárcel, y desde la cárcel pretendía conducirlos al patíbulo, pero no se lo permitió la primera autoridad de la provincia.

Gómez y el baúl estuvieron presos una porción de días, hasta que se deshizo la equivocación; el polizonte dijo: «Ustedes dispensen», y hoy continúa cobrando su sueldo y dándose tono.

Hay personas que nacen para policías, como otras nacen para tener. Desde pequeños comienzan á dudar de la virtud de sus com-

pañeros de colegio, á quienes atribuyen toda clase de defectos; y cuando llegan á la edad de la reflexión vigilan sin cesar, escuchan las conversaciones, preguntan, inquietan, molestan y aburren al género humano.

Tengo yo un amigo que se pasa la vida preguntando todo aquello que no le importa:

—¿Adónde ibas ayer, á eso de las ocho, por la calle del Gato?

—Á paseo.

—¡Qué! no; tú ibas á otra cosa. Á mí no me la das. ¿Sabe Dios qué propósitos serían los tuyos!

—Voy á serte franco: iba á asesinar á una viuda y á quemarla después con aceite de ricino.

Á mi amigo se le encandilan los ojos ante esta revelación, y siente en el alma que no sea cierto para tener el gusto de delatarle y declarar en juicio oral y público.

El día que le hagan inspector de policía no podremos vivir tranquilos, y pasará con él lo que con D. Hipólito, mi vecino, que ingresó en la policía hace mes y medio y no deja en paz á nadie.

Desde que le dieron el bastón ha detenido ya á cuarenta y tantas personas por sospechas, y ú timamente, la otra noche, detuvo á su cuñado, porque éste, estando de visita en casa de D. Hipólito, se llevó distraídamente un chorizo que estaba sobre una mesa.

—Siento tener que hacer uso de mis atribuciones discrecionales—le dijo D. Hipólito,—pero date preso.

—¿Yo?

—Tú. Y no trates de comprarme, porque no me vendo por todo el oro del mundo. Saca el chorizo y sígueme.

Á fuerza de explicaciones el cuñado consiguió probar su inocencia.

—Es cierto que me guardé el chorizo—decía,—pero te juro que lo hice por equivocación, creyendo que era la caja de fósforos. Parece mentira que dudes de mí.

—Yo, d-se que ingresé en la policía dando de todo, hasta de Paca.

Paca es la esposa de D. Hipólito, una excelente mujer incapaz de nada malo; pero el marido la vigila, y mientras ella sale á paseo él le reconoce el baúl y huele las prendas una por una, para ver si descubre las huellas del crimen de la calle de Fuencarral.

—Aquello no se aclaró todo lo que debía aclararse—dice D. Hipólito,—y yo me propongo hacer mucha luz en el tenebroso asunto.

* * *

Á mi regreso de Portugal yo fui también objeto de vehementes sospechas por parte de la otra policía: la de los consumos.

Todos los viajeros que tenían baúl pasaron por delante de los empleados sin infundir el menor recelo; pero yo...

—Á ver—dijo uno con toda la barba, mirándome de hito en hito.

—¿Cuál es el equipaje de usted?

—Esa maleta.

—Que se abra.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque quiero.

No me atreví á replicar. Los de consumos me infunden un pavor invencible, y tuve que arrodillarme en el santo suelo para abrir la maleta.

—Saque usted toda la ropa—decía el vigilante apoyado en un bastón que parecía un palo del telégrafo.—¿Qué contiene ese paquete?

—Cuartillas.

—¿De qué? ¿De espíritu de vino?

—No, hombre, de papel.

—Que se vean... Bueno; guárdelas usted... ¿Qué bulto es ése?

—Unas botas.

—¿De vino?

—No, señor, de becerro.

En fin, el hombre me estuvo fastidiando durante diez ó doce minutos, mientras todos los demás compañeros de viaje se dirigían á sus casas tranquilamente.

Después supe que todas aquellas molestias provenían de que yo tengo cara de matutero y soy muy parecido á una viuda del Puente de Vallecas que introduce matute todas las tardes y suele morder á los de consumos cuando la detienen.

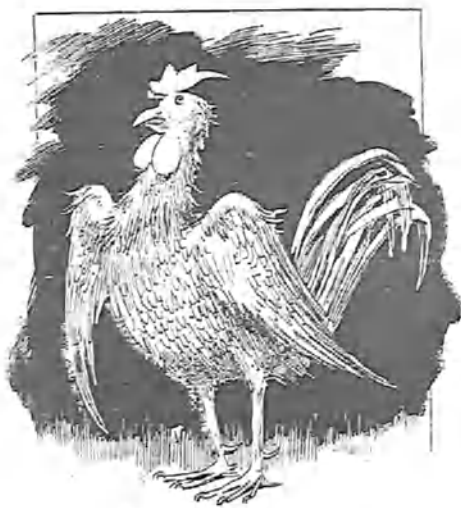
¡Dios nos proteja contra las equivocaciones de la policía y de los de consumos!

Luis Taboada.



«Hojas del árbol caídas
juguete del viento son.
En éstas van incluídas
las joyas ¡ay! escogidas
que encuentro en la colección.»

Á ETELVINA



Recuerdo de J. Orbaneja.

Á LA SEÑORITA ETELVINA DE PATE DE FOI-GRAS

Señorita, usted solita
puede inspirarme, pues yo,
como sabe papá, no
soy poeta, señorita.
Pero auxiliar, sin trastienda,
he de mostrarme ocurrente

con la que es hija eminente
del que es mi jefe en Hacienda.
Y mi firma he de de estampar
de estos versos á los pies,
los cuales la besa y es

Emeterio Rebollar.

Á LA SEÑORITA DE PATE DE FOI-GRAS



Apunte de Venecia.

Á ETELVINA

Ni la caída del Niágara
cuando se lanza furioso,
en espumas convertido,
en un abismo sin fondo;
ni la caída en Oriente

de aquel imperio famoso,
ni la del ángel altivo
que hoy se revuelca en el lodo,
nada son cuando se mira
la caída de tus ojos.

Robustiano de la Pinta.
(Autor cómico.)



Esa eres tú.

Filomeno.

Á LA HERMOSA AL PAR
QUE HIJA DE MI AMI-
GO PATE DE FOI-GRAS
ETELVINA DE LO MISMO

SERENATA

Niña preciosa
de ricas mieles,
de labios y ojos
como claveles.

Eres divina
y eres ingrata,
sal y oye estreya
la serenata.

Yo soy el vardo
de estos lugares
que llende el aire
con sus cantares.

Sal, vida mía,
asomaté,
que yo cantando
te arrullaré (1).

¡.....!

Las flores más puras conservan mejor sus perfumes. Los gusanos más ricos dan más seda. El sol más ardiente es el del Mediodía.

Hija mía, conserva tu color, tus gusanos y ama tu patria y toma el sol del Mediodía. — Teresa Gómez.

(1) Este cantable parece del sereno; pero no: es de un poeta de manubrio, — N. del copiante.

Á LA SEÑORITA ETELVINA...

Cuando en el sueño de callada noche
me suelo despertar adormilado;
cuando, ya vuelto en mí, pienso en tu imagen,
¡ah que derramo llanto!
Cuando pienso de día en tus hechizos,
cuando recuerdo de tu boca el tufo,
aroma de los dioses y los reyes,
lloro también y sufro.

—¿Qué es esto?—me pregunto algunas veces

—¿Qué ha de ser?—me replica la patrona,
creyendo que pregunto del almuerzo.

—Arroz con varias cosas.

¡Ah, todos cuán ajenos á mis penas!

¡Ah, todos cuán ajenos á mis dichas!

¡Ah, que no saben ellos, por su daño,
el nombre de Etelvina!

P. P. J. K.

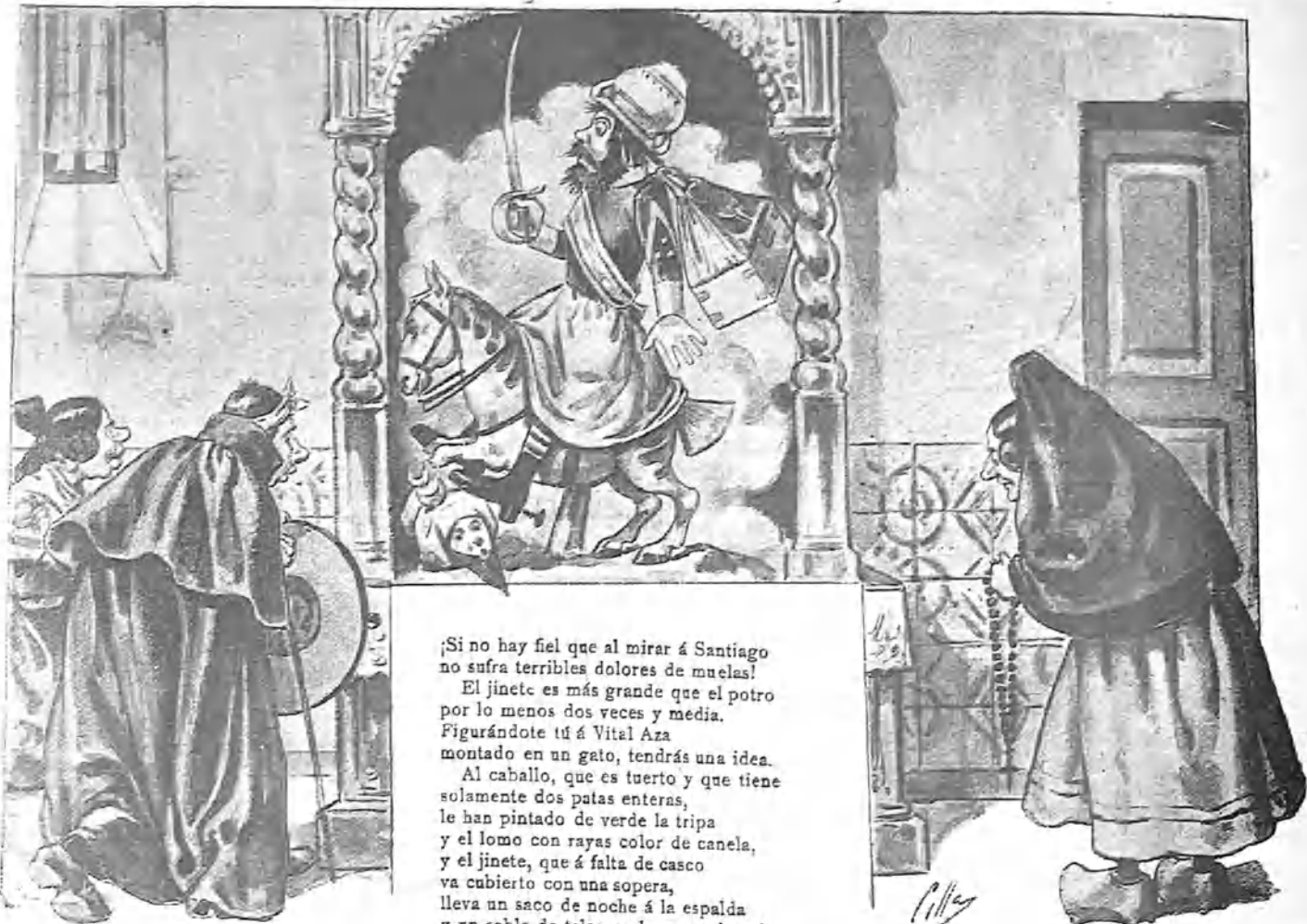
(Derechos de traducción é instrumentación reservados.)

Por la publicidad,
Eduardo de Palacio.



Retrato de Etelvina por su primo de afición.

Madrid 2 de Mayo 91.



El Santiago de Villachupada.

A mi buen amigo

LUIS ROYO VILLANOVA

De la iglesia de Villachupada en el viejo retablo se encuentra un Santiago berrendo en gendarme, que al hombre más frío de asombro le llena.
 ¡Qué Santiago tan raro, Dios mío!
 ¡Virgen santa, qué imagen aquella!
 ¡Si parece mentira que el cura también esperpento permita en la iglesia!
 ¿Qué escultor ha tallado la imagen?
 ¿Qué es lo que hacen que no le procesan?

¡Si no hay fiel que al mirar á Santiago no sufra terribles dolores de muelas!
 El jinete es más grande que el potro por lo menos dos veces y media. Figurándote tú á Vital Aza montado en un gato, tendrás una idea.
 Al caballo, que es tuerto y que tiene solamente dos patas enteras, le han pintado de verde la tripa y el lomo con rayas color de canela, y el jinete, que á falta de casco va cubierto con una sopera, lleva un saco de noche á la espalda y un sable de talco en la mano derecha y un cigarro asomado á la boca y un refajo amarillo en las piernas y una banda de Carlos tercero clavada en el pecho con cuatro tachuelas.
 Del tacón de una bota vió el cura que al patrón le faltaba una espuela, y á la bota clavó un sacacorchos y hará un año ó más que Santiago lo lleva.
 A los pies del corcel y entre sangre puedes ver dos ó tres berengenas con turbante y con barba, que indican que imágenes son de morunas cabezas.
 Hállanse rodeando al jinete varias nubes también de madera y que tienen, más bien que de nubes, aspecto de escombros de casa muy vieja.
 Y por si algo faltaba, se advierten en las barbas del santo las huellas

de lechuzas que allí por las noches en pos del aceite sin miedo se cuelan.
 Sin embargo de ser así el pobre (¡lo que pueden la fe y la inocencia!), los vecinos de Villachupada le alaban, le admiran, le cantan, le rezan y á él acuden cuando es necesario y á él le piden salud y cosechas, y Santiago, subiendo á los cielos, consigue al instante las cosas que ruega.
 ¡Y es que Dios, al notar su llegada, sin que el santo traspase la puerta, le complace. ¡Por qué? Por no verle ni barbas, ni potro, ni casco, ni espuelas.

Juan Pérez Sainza.



Choque de razas.



El caballero Alvar González, avecindado en Córdoba, tenía que hacer en Granada.



Y el caíd Mohamed Yusuf, vecino de Granada, no podía menos de ir á Córdoba.



Por lo cual Alvar González salió de Córdoba para Granada.



Y Mohamed Yusuf salió de Granada para Córdoba.



Á la mitad del camino, viendo el cristiano que se acercaba el infiel, cayó sobre él con impetu.



Y el infiel, al notar que llegaba el cristiano, clavó los acicates á su yegua.



El encuentro fué, como es de suponer, verdaderamente terrible.



Á consecuencia del cual, así entró en Granada Alvar González, avecindado en Córdoba.



Y así llegó á Córdoba Mohamed Yusuf, vecino de Granada.

La siesta.

Formenores: una mesa cubierta con un paño azul, y sobre ella algunos libros, un microscopio, un caza-moscas de tela metálica y el codo derecho de un servidor de ustedes.

Formayores: un calor de 42° a la sombra y un sueño más pesado que una oda.

Recliné la cabeza en la palma de la mano, entorné los ojos y quedé en postura de tenor dormido en escena. Esto duró un instante; poco a poco fui perdiendo en posesía y ganando en naturalidad, hasta que mi actitud fué la del tenor dormido en su cese.

Pero el oído es el diablo. Comencé á escuchar un rumor sordo que no tardó en convertirse en rumor para sordos; zumbido formidable, tremendo acorde de impresiones, lamentos, gruñidos y palabras gordas.

Lo más molesto era que aquellas palabrotas iban dirigidas contra mí; cosa extraña, porque, ya que todo se ha de decir, hasta durmiendo soy inofensivo y... callado.

Pues como si fuera el más descomedido y felón de los durmientes, me increpaban en términos tan energicos como éstos:

- ¡Sinvergüenza!
- ¡Estúpido!
- ¡Merrano!

E inmediatamente se presentó á mi vista el lugar de donde partían aquellas voces.

En medio de una inmensa superficie azulada vi una esfera enorme, oscura, tristesima. Parecía poblada por multitud de criaturas desesperadas, inquietas, que alzaban contra mí sus brazos larguiruchos y negruzcos.

—¡Ya despierta, ya despierta!—gritaron aquellos locos, y acto continuo me obsequiaron con una rechifla tremenda.

- ¡Mirad qué cara!—según gritando.
- ¡Parece un idiota!
- ¡Si está dormido por dentro!

—¡Que se quite ese gorro para hablar con nosotros!

(Para defender mi cabeza de las moscas la había cubierto con un número de *La Correspondencia*.)

Ya me pareció llegado el momento de tomar la palabra.

—Dejad en paz el gorro—les dije,—y sepa yo la causa de esta batshola.

¡Pero qué nueva y más tremenda rechifla siguió á mis palabras!

- ¡Qué cursil!
- ¡Habla en académico!

Por fin, uno que tenía mejores pulmones que los demás se me encaró y dijo:

—Ya es hora de que te ocupes de nosotros, ¡modorro! puesto que tú tienes la culpa.

- ¿La culpa de qué?
- De todo cuanto nos pasa.
- ¡Yol... ¡Medrados estamos!
- ¿Qué dices?
- Que me habéis tomado por otro.

Tercera y más espantosa gritería. Las voces de «hipócrita», «verdugo» y otras por el estilo me apedrean los oídos, y me decido á intervenir en los asuntos de aquella gente.

—¡Silencio! Hablad uno por uno y decid lisa y llanamente lo que deseáis.

En un momento cambió el aspecto de aquella endemoniada esfera. Los millones de bráncos y patitas negruzcos de que estaba erizada se encogieron, y poco después se estiraron violentamente, seestadas contra los rostros y los antirrostrós de aquellos prójimos. Ahora peleaban por quién había de hablar antes.

- ¡Por orden de edad!—gritaban unos.
- ¡Por mayoría de votos!
- ¡Por la contribución!
- ¡Por oposición!
- ¡Por concurso!
- ¡Por los codos!
- ¡Por la boca!—vociferaba uno que acababa de recibir dos coces.
- ¡Basta!—grité yo también.—Que hable éste.

Y señalé á uno bastante sucio. El tal se empinó y dijo:

—Yo deseo volar y estoy aquí como en una cárcel. Esa inmensidad certiea me pertenece, puesto que la deseo; y debo recorrerla con la misma facilidad que la recorre mi pensamiento.

—Está bien. Esta otro.

Pero «este otro» resultó ser «otra», y pidió tales cosas que ella misma se creyó en el caso de terminar diciendo:

—Pues si ahora no habla una con franqueza... Las peticiones siguientes fueron todavía peores. Era imposible arreglar aquel cotarro.

—Voy á haceros una proposición—les dije.—No puedo daros todo lo que pedís. Pero si convenís en que haya un placer supremo, si ponéis un denominador común á vuestros deseos y sacrificáis los demás á la realización de éste, que será el mismo para todos, quizá podremos entendernos.

¡Quién lo dijera! Me splandieron con frenesí.

—¡Eso, eso!—gritaron.—¡La venganza! ¡El aniquilamiento de los enemigos! Ya estamos todos de acuerdo.

—Buena. Pues concretémos.

—Concretémos. A mí—exclamó A—me estorban en este mundo B, C y M.

—Y á mí—dijo M—me revientan J, L y A.

—Yo—prorrumpió J—me contento con el exterminio inmediato de la O á la Z.

—Pero antes se ha de dar martirio á la R y Ch—gritó S.

—Y tostar á F.

—Y empalar á I.

Tuve que taparme los oídos. De aquella criba de udios no escapaba ni siquiera un recién nacido.

Sobre todo las listas de los más brutos.

Sólo eran superadas por las que presentaban los más sabios.

Había individuo condenado diez y ocho veces.

—¡Vais á quedar todos satisfechos!—exclamé con voz que estremeció de júbilo la endiablada esfera y retumbó en la inmensidad azulada.

Me froté los ojos, cogí el caza-moscas y lo sumergí en el agua de una tina.

Me arreglé el gorro de papel y continué durmiendo la siesta.

F. Semano de la Pedrosa.

*

Las cartas de Pepa.



«Adorable y simpática Pepita: Habrá usted notado que la sigue un joven agradable con terno de color de avellana. Ese joven agradable soy yo...»



«Encantadora Josefa: Un buen amigo de usted, respetable y formal, desea ardientemente que le conceda una entrevista á solas para tratar asuntos de enma importancia...»



«Señorita: Desde que tuve la dicha de conocer á usted en Recoletos, y va para tres meses, puede decirse que ni duermo, ni fumo, ni bebo, ni como absolutamente nada...»



«Pepa de mi alma: Hoy estoy de guardia y no puedo ir á la una como de costumbre. Entrega al dador, que es mi asistente, un guante que debo haberme dejado en el sofá del gabinete.»

EL CIRCO Y EL TEATRO

«Ya no hay vergüenza torera», dicen que dice Millán en un libro taumático que pronto publicará. Y dicen que dice el crítico de la fiesta nacional, que es ya un héroe legendario el torero de verdad; aquel que se iba á la plaza, por cien duros nada más, á hacer que mordiera el polvo un bicho monumental; el que antes que recibiera de sus charreter el pan, bravamente recibía fieras de mayor edad; el que, viejo al fin y pobre, no perdió en sangre jamás,

ni en afición ni en codicia de la popularidad. Pascual lo dice en su libro, y dice muy bien Pascual: «Hoy el arte del torero sólo es un oficio ya; y hay quien se agarra al estoque con codicia y miedo al por, por no atenerse al cocido con la leña en un portal.» También el arte dramático y el escénico así van, y entran cómicos y actores por la puerta de arrastrar; y, forzando las del foro, buscan las del vil metal y dejan las de la gloria, abiertas de par en par,

para aquellos elegidos (muy pocos á la verdad) que lo de artista no ponen debajo de lo industrial.

Los del circo hacen corridas; los del teatro, ¿qué harán? Corridas también, en busca de la renta trimestral.

Aquellos, si se retiran capitalizados ya

y hartos por fin de irse al cuerno... (póngase usted en su lugar).

Pero hay muchos dramáticos, mi querido don Pascual, que aun entre silbas del público con su industria seguirán; firmes en contaduría, aunque les suelten allá seis berrendos andaluces y otros seis de Colmenar.

Eduardo Bustillo.

Saludo.

Á DON ALBERTO AGUILERA, PRESIDENTE DEL CENTRO INSTRUCTIVO DEL OBRERO

Yo jamás he improvisado. Cultivo la poesía como oficio descansado. ¿Queréis versos?... Lo sabía y he venido preparado.

Los compromisos evito, pues no logré las mercedes de Apolo, que es un bendito, y saco mi papellito, con el permiso de ustedes.

¿Brindar?... ¡Pues no he de brindar, si mano á mano me encuentro con un ministro ejemplar! ¿Cantar?... ¡Pues no he de cantar cuando ahora estoy en mi centro!

Nuestro digno protector hoy la poltrona abandona, haciéndonos gran favor. ¡Es muy blanda la poltrona, pero esa silla es mejor! Honores disfruta allí, pero tiene la pobreza encantos que yo sentí. ¡Para cariño y franqueza, entre nosotros, aquí!

Allí el eco adulador, ó la constante amenaza de un político traidor. ¡Aquí el amigo, que abraza con entusiasmo y calor!

Aquí su nombre querido franca alegría pregona, que aún resuena en nuestro oído el aplauso recibido en Valencia y Tarragona.

De su esfuerzo noble y fiel recoge el verde laurel. En la mano el corazón, todo lo que es de razón encuentra un apoyo en él.

Siempre en lo justo inspirado, ha extendido sus favores á mi Cuerpo desdichado: ¡don Alberto se ha acordado de Telégrafos, señores!

Y pronto habrá material y de hilos la red completa, y habrá un servicio formal, ¡y comerá el personal, que está, y a hace tiempo, á dieta!

Yo vivo por excepción: porque en pesetas convierto mis versos de munición; si no, ya me hubiera muerto como jefe de estación.

Mi casa es un almacén de chicos, y voy tirando porque llevo un ten con ten en el gobierno. ¡Yo mando una provincia también!

Gobernador sin bastón, le tengo al cargo aversión. ¡Usted no la aceptaría, si no, le presentaría desde ahora mi dimisión!

¿Quién el presupuesto tasa si á gobernar se propasa? ¡Feliz este subalterno si se encargara el Gobierno de el gobierno de mi casa!

Pecando estoy de imprudente al tocar este registro. Vuelvo al objeto presente, y al saludar al ministro abrazo á mi presidente.

¡Letras de afecto sincero las pago siempre á la vista, y darle un aplauso quiero, como español, como obrero y como telegrafista!

José Jackson Veyán.

Inomalias.

I
Sentada en el rico estrado estaba doña Leonor, la castellana famosa por ser bella como el sol. Al lado tiene á su esposo, el muy ilustre señor de ricas y grandes villas que de su padre heredó, y es el mozo más garrido que naciera de varón y no le hay más arrogante cien leguas en derredor. Pues ¡no digo nada el paje que está cerca de los dos cantando dulces endechas de acordada gazla al soul. Es un gallardo mancebo, bello como el propio amor y como las propias mieles es dulcísima su voz. En el centro de la sala, un corcovado bufón,

cojo de la pierna izquierda y zambo de ambas á dos, hace grotescos mohines poniendo un gesto feroz y rueda en el suelo para divertir á su señor.

II
¡Pobre paje, pobre paje! con mala estrella nació, que por su linda señora se siente morir de amor; pero es tan grande el abismo que los separa á los dos, que él su abrasadora llama oculta en su corazón. Mas ¡oh inefable ventura! ¡no se engaña el pobre, no! es seguro, ya la hermosa ha notado su pasión y él ha visto claramente que era vano su temor,

(1) Leído por su autor en el banquete celebrado el 6 del actual.

porque la dama mil veces le mira con emoción.

.....
Ya es indudable la dicha del tierno y dulce amador, porque su amable señora así una noche le habló:
—Tú me quieres; lo he leído en tu hermoso corazón; alienta, hermoso mancebo, que también te quiero yo. Pero mi esposo me espía con insistencia feroz, y si aquí te correspondo, bien mío, perdida estoy. Huyamos; dos centinelas tiene sólo este torreón: mátalos, é iremos libres por esos mandos de Dios.

III

No dudó un momento el paje loco de dicha y amor, á oscuras, con gran sigilo por la poterna salió y dió al primer centinela puñalada tan feroz que exánime por el suelo envuelto en sangre cayó. Horrible lucha sostuvo con el otro, con valor, y ambos quedaron en tierra demandando confesión. Nadie se enteró del caso, y á la medianoche, halló la dama el camino libre para huir con el bufón.

José Estremera.

DAÑOS Y PERJUICIOS

DE LA MUJER LEGÍTIMA

Mi amigo Valeriano se casó con Elena este verano, y ayer, en confianza, me decía:
—Chico, no soy feliz, porque mi Elena, que es un ángel de amor, hermosa y buena, tiene un defecto garrafal: ¡que es mía!

Y esto, por ser verdad, es triste cosa, porque prueba que el vicio tendrá siempre ventajas, en perjuicio de la mujer honrada y virtuosa.

La posesión tranquila y sosegada, matando la ilusión, no sabe á nada, y el amor sin sosiego centuplica el placer y aviva el fuego.

De aquí que los casados lleven siempre sus cuitas, sus cuidados y sus malos humores

á aquel nido de paz, de que las leyes sabias y justas les hicieron reyes, y al hogar clandestino amor y flores para adular serviles al tirano que se hace obedecer con dura mano.

La esposa, copartícipe en las penas, ha de llevar del hombre las cadenas y aguantarle tal falta ó cual defecto, para evitar en cambio á la querida que vislumbra el aspecto fastidioso y prosaico de la vida.

Á la primera, esclava cariñosa, mala cara y desdén por cualquier cosa, y á la segunda, reina despiadada, el mimo y la atención por sí se enfada.

El lazo del demonio es suave y tierno porque puede romperse el mejor día, y el de Dios, porque es fuerte y es eterno, inaguantable al fin, cansa y hastía.

Y es porque el hombre, sin pensarlo, siente que es la felicidad únicamente

la que puede escaparse por la puerta y hay que gozar con sustos y con tiza, y considera desventura cierta

la que le brindan á la fuerza en casa. ¡Qué más! en caso de falsía grave, cuando el alma ni olvida ni perdona, ya todo el mundo sabe

que á la querida infiel se la abandona,

y á la esposa liviana que falta á su deber... se la asesina con el permiso de la ley humana y... estaba por decir de la divina.
Yo creo que la prueba es convincente, porque á la vista salta que para la mujer es conveniente prescindir del decoro... ¡y que hace falta mucha paciencia para ser decente!

Sinesio Delgado.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Antonelli.—Están materialmente plagados de asonancias, de consonantes que no vienen á cuento y... de otra porción de cosas inarreglables.

Un infelice.—No versifica usted mal, no señor; lo que no me gusta es el asunto.

Uno que presume.—Hombre, eso ya me parece que es faltar á los presbíteros. Máxime más cuanto que es absolutamente inverosímil el cuento.

Sr. D. E. O.—Sólo uno podría aprovecharse, el último de la primera carilla, pero con bastante trabajo, y ¡qué demonio! no vale la pena.

Fuiano de Tal y Cual.—Dios le conserve á usted el buen humor por los siglos de los siglos. Amén.

Sr. D. J. S.—¡Si usted supiera el tiempo que se malgasta escribiendo de balde bromas sin gracia!

K. Rasoles.—Eso... dejárselo á López Silva solo, si á usted le parece, porque con uno que lo haga bien basta.

Sr. D. J. G. R.—Ni por casualidad le ha salido á usted un verso bien medido ¡Mire usted que es desgracia!

Estebanillo.—Mal, rematadamente mal no está, pero tampoco está bien del todo. Falta soltura.

Sr. D. L. C.—El soneto es flojito y no se debe decir entre fervientes flores, porque no hay flores fervientes. Piénselo usted un poco y caerá en en la cuenta.

Uno que sabe comprimirse.—Tampoco es de recibo el romance. ¡Ah! no se moleste usted en enviar la charadita, porque aquí no usamos esas cosas.

Incógnitus.—Siento tener que repetir la eterna cantinela. ¡Ay de mí! no podemos admitir artículos.

Sr. D. J. G. C.—De esta segunda tanda no podemos aprovechar ninguno, porque son un poco vulgares. Tendré mucho gusto en darle la opinión que me pide.

Sr. D. J. L. A.—Es lástima que resulte demasiado forzado el chiste. A. C. I. T.—Perdóneme Dios, pero la anécdota me parece que tiene poca gracia.

Un apasionado.—Como usted verá, en este mismo número queda usted servido.

Asurnazarpal.—Un bonito idilio... para escrito entre varillas. Al público le tienen sin cuidado esos piropos tiernos...

El Garniti.—Mande de nuevo el primer epigrama con su firma correspondiente. Con el segundo no me atrevo.

M. M. M.—Allá va el principio:
«Si tú miras, Laura hermosa un retrato de natura podrás en él ver la rosa contemplar la mariposa y el agua luciente y pura.»

Lo cual tiene varios inconvenientes: que el agua luciente no está al alcance de todo el mundo, y que Compañy no tiene retratos de natura.

Uno del gremio.—No, de dos gremios: del de los que no cuentan las sílabas, y del de los que están á matar con la ortografía de sus mayores.

Rarezas.—Eso es una especie de desesperación como la que atribuyen á Espronceda, y que no cuaja en el último tercio de siglo. Tiene más: farales y dolores no eran consonantes en el primer tercio tampoco.

Tinterito.—Si lo malo es que, aun enmendado el consonante, sigue siendo mediano y sin pizca de gracial

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.^o Teléfono 634.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOGA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERIAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES